

ontró Soto Borda con el inspi-
do Echeverría; éste le contó la
vecinos de Las Cruces y aquél

voy ahora para Las Cruces,
plata; pero apenas levante si-
s me voy para allá y verás que

ue te curten—le aconsejó Eche-

no me pegan.

Borda consiguió cinco o diez
tarde para Las Cruces. En la
la plaza había en ese tiempo
se llamaba *La Rueda Pelton*; a
Borda con la mayor impavidez,
e los reservados y pidió una

individuos que lo habían visto
cortinilla, asomaron la cabeza
gritó:

Borda, salga, que tenemos que

des y se toman un trago con-
fmaco.

esquina para que nos pegue-
otro.

, sin inmutarse, le dio esta con-
acogida con las carcajadas de
esultos a apalearlo:

—No podemos pegarnos usted y yo en la es-
quina porque no somos avisos.

Una caja de colores.—Don Tomás Pardo Ri-
vadeneira era un caballero bogotano que perte-
necía a una de las más honorables familias de
la capital.

Existió el señor Pardo en aquellos buenos
tiempos en que—mucho más que ahora—el in-
genio se daba silvestre, y las salidas chispeantes
surgían a porrillo.

Ni que decir hay que el espíritu burlón de
don Tomás le dictaba a cada paso oportunas agu-
dezas y no pocas guasas que eran el regocijo de
sus compañeros.

En aquella época—que el Indio Uribe cali-
ficó de «tiempo de la avalancha métrica»—todos
sabían hacer versos. Se me dirá que hoy también;
pero hay que distinguir: en aquellos tiempos to-
dos *sabían* hacer versos y hoy todos los hacen,
aunque no lo sepan, lo que no es lo mismo, y
así sale ello.

Estaba una vez el señor Pardo Rivadeneira
de paseo en la hacienda de Peñalisa, en compa-
ña de su íntimo amigo el ilustre publicista Aní-
bal Galindo, y determinaron venirse una madru-
gada en canoa, río abajo.

Eran apenas las cinco de la mañana, en una
de esas mañanas de diciembre en que el ama-
necer de tierra caliente es una orgía de colores,
un derroche de luz y una profusión de claridades.